

na abstracción de la conciencia, como decía Cabanis antes de su retractación: la percepción es una resultante del sistema nervioso; la voluntad es inherente á la substancia encefálica del mismo modo que la contractilidad á los músculos: finalmente, nuestras facultades no son mas que un modo de la actividad cerebral. De esta manera la virtud y la inteligencia humanas tienen por causa y por sostén, las fuerzas físico-químicas. El cerebro y el alma son una misma cosa y el hombre queda reducido á un mecanismo viviente salido de la materia en virtud de un acto inherente á las propiedades de la misma.

### CAPITULO XVI.

#### LA FÉ Y LA FISIOLÓGIA CEREBRAL.

No hemos terminado todavía el estudio del hombre. ¿Es una inteligencia servida por los órganos? ¿Es un puro organismo dirigido por una inteligencia más perfecta que el instinto? A esta última pregunta la fisiología espiritualista contesta negativamente; la escuela materialista afirmativamente. El error que niega en nosotros el principio espiritual ha recibido el nombre de organicismo. A

sus ojos "el alma es el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal;" el cerebro segrega hasta la conciencia, como decía Cabanis antes de su retractación: la percepción es una resultante del sistema nervioso; la voluntad es inherente á la substancia encefálica del mismo modo que la contractilidad á los músculos: finalmente, nuestras facultades no son mas que un modo de la actividad cerebral. De esta manera la virtud y la inteligencia humanas tienen por causa y por sostén, las fuerzas físico-químicas. El cerebro y el alma son una misma cosa y el hombre queda reducido á un mecanismo viviente salido de la materia en virtud de un acto inherente á las propiedades de la misma.

En presencia de esta hipótesis que no explica al hombre por completo y de la cual tampoco puede dar el hombre una explicación completa, se encuentra otro sistema que busca la razón de la vida, no en la materia y en sus energías brutales, sino en un principio superior é inteligente, que es al par causa de la vida y de la muerte, en el sentido de que anima al cuerpo mientras en él mora, ó lo entrega á la disolución en cuanto lo abandona. De manera que según el organicismo

la vida es una simple combinacion quimica y la fisica engendra la moral en el hombre. Segun la doctrina del animismo existe un agente superior que preside á todos los fenómenos de la economía viviente, y "el principio que anima el cuerpo humano no puede ser considerado como el resultado de la accion de las partes; es una substancia distinta un ser real que, por su presencia, imprime á los órganos todos los movimientos de que se componen las funciones (1.)"

En esta forma establecida, resultan dos cuestiones distintas que pueden expresarse en los siguientes términos. ¿Existe en realidad el agente superior? ¿Ha demostrado la fisiología materialista, en el caso negativo, que no existe? Bajo el segundo punto de vista debemos nosotros examinarlo.

Convengamos en que las relaciones del órgano del pensamiento con el pensamiento mismo constituyen y constituirán siempre un misterio. "Las funciones del cerebro, dice Cuvier, suponen la influencia mútua, siempre incomprensible, de la materia divisible y del yo indivisible, hiato irredutible en el sistema

(1) Cuvier, Cours postum.

de nuestras ideas, y piedra eterna de escándalo en todos los sistemas filosóficos. No solo no comprendemos, ni comprenderemos jamás de que manera algunas huellas impresas en nuestro cerebro, pueden ser percibidas por nuestro espíritu, hasta el punto de producir imágenes; sino que por más minuciosas que sean nuestras investigaciones, esas huellas no se ofrecen en manera alguna á nuestros ojos, y hasta ignoramos cual sea completamente su naturaleza."

No obstante su ignorancia á propósito de las relaciones del cuerpo con el alma, Cuvier no dudaba en manera alguna de la realidad del alma. A ejemplo de Cuvier, el género humano no deja de ignorar y de creer en el mismo objeto. ¿Estará la ciencia en posesion de una evidencia capaz de destruir esta fé? De éll por lo ménos se ha alabado; dando á entender que las pruebas del alma se habian buscado exclusivamente en la psicología, y que la negacion del alma se deducia exclusivamente de la observacion fisiológica, siendo así que la primera de dichas autoridades carecia completamente de valor cuando estaba contradicha por la segunda. (Atreviéndose conjunto de afirmaciones gratuitas y erró-

neas! En primer lugar es falso que las demostraciones psicológicas carezcan de valor científico, puesto que también son experimentales. En segundo lugar, es no menos falso que las conclusiones de la frenología permitan ó autoricen para negar el alma, puesto que lógicamente no podrían afirmar la existencia. Tal es el hecho que se trata de establecer al encuentro y en contra del organicismo.

Hemos defendido y ganado la causa del alma, y dejamos sentados los hitos que separan el dominio de la razón del instinto; lo que nos proporciona el sentimiento de lo bello, de lo verdadero especulativo, de lo bueno, del deber respecto de Dios, percepciones, todas y cada una de ellas, enteramente cerradas á la mirada de la simple animalidad; este go concibiendo algo más allá de los sentidos, adorando, esperando, moralizándose, ménos por el concurso de los sentidos, que no obstante su oposición, no es en manera alguna la resultante de las fuerzas orgánicas, "el trabajo de un laboratorio químico," una forma particular de la mecánica; es la prueba y la esencia de nuestra personalidad espiritual. En vano se trata de eludir esta afirmación por la ciencia, pues por más que se haga, se

cae de nuevo en ella por la fuerza del sentido comun. En efecto, siempre será negada el alma porque no es visible, y siempre será admitida porque la humanidad no puede suicidarse desconociéndola.

Vamos pues á hablar, colocándonos en el punto de vista de nuestros adversarios; es decir, á examinar sus razones más bien que á emitir las nuestras. Y si bien es verdad que las objeciones son mil veces más atacables que la tesis, siempre quedará en favor del alma la autoridad de estas verdades primordiales, que solo se siente el hombre inclinado á juzgar insuficientemente probadas, por la razón sencilla de que siempre son más claras en sí mismas que en sus pruebas.

Respecto del particular se han producido dos exageraciones en sentido contrario. Los fisiologistas han echado en cara á los filósofos el erigir hipótesis metafísicas contra las realidades anatómicas, y el hacer, en nombre de dichas hipótesis, una oposición absoluta á todas las investigaciones experimentales sobre el principio de la vida. En cambio los filósofos pueden volver el argumento de los fisiologistas, porque estos á su vez arreglan mutilan, y amplifican los datos experimenta-

les en provecho de su negacion, y si se les habla de un ser distinto de los órganos, sonrien *a priori*: sin examen previo, como de una cosa extra-científica. Sin embargo si hay un alma, ¿hay nada más científico que decir que existe, y en cambio nada menos científico que sostener que no existe? "El que en nada más cree que en la materia, no debe adjudicarse el monopolio de la verdad científica y relegar al país de las quimeras al que cree en el espíritu. Puede reclamarse que suspendamos nuestro juicio; mas esta suspension no debe constituir una ventaja para nadie, ni debe aprovecharse la ventaja de un armisticio para establecerse con más fuerzas en el terreno disputado (1)."

Bajo el beneficio de estas reservas y de tales explicaciones preliminares, emprendemos la refutacion de la fisiología materialista estableciendo; 1.º que la anatomía cerebral no destruye en manera alguna las pruebas del alma; 2.º que le opone otras completamente desprovistas de toda autoridad científica.

1.º La anatomía cerebral y el pensamiento. El alma es un ser simple e indivisible.

Independientemente de las consideraciones expuestas y desarroyadas en el capítulo relativo á la constitucion, existen cuatro caracteres que suponen, en el yo humano, una autonomía inmateral: la indivisibilidad, la invariabilidad personal, la libertad y la enfermedad. El yo espiritualmente entendido, siendo indivisible, en tanto que no lo es la materia cerebral; inmutable siendo así que esta se renueva insesantemente; libre, al paso que se halla sometida á la fatalidad orgánica; enfermo, no obstante que no se descubre en esta, huella alguna de lesion, que es la prueba

ha más concluyente de que el yo habita en nosotros sin que de él forme parte la materia?

La indivisibilidad del yo resulta de este esplendor interno que se llama el sentido íntimo. Tan imposible nos es dudar de nuestro yo como de su existencia. El yo, es decir, el resúmen de mi substancia pensante es esencialmente uno. En mí no hay mas que un yo; para hallar dos, sería indispensable ser loco. Sin embargo una cosa muy distinta acontece con la materia; léjos de ser una, es infinitamente múltiple, porque es infinitamente divisible. Por consiguiente: para que el alma fuera materia, sería indispensable que un sér esencialmente uno, fuera al par y al propio tiempo dos, tres, cuatro, etc., lo cual es absurdo, resultando de ello la demostracion matemática y su espiritualidad.

Y aquí apelo al testimonio de cuantos han hecho algun estudio del cerebro, del cerebelo, de la médula y de todo el conjunto que constituye el encefálico. ¿Cómo puede explicarse que la simplicidad del yo, provenga de semejante complejidad de elementos? No cabe dudar que mi alma esta sujeta al funcionamiento de este mecanismo; pero en manera

alguna es producto de él, porque la causa es múltiple, el efecto uno: la causa es lamateria, el efecto es inmaterial.

No cabe dudar que el cerebro es el órgano de la inteligencia; prueba lo el hecho de que sentimos nuestro pensamiento en la cabeza y que toda afeccion cerebral impide ó altera las funciones del espíritu; mas ¿quiere esto decir que el cerebro segregue todo este ser compuesto de percepciones ó innumerables voliciones que se haya expresado por el yo? No, no, yo soy uno y mi cerebro se divide en partes, sin contar las partes de estas partes; yo soy la individualidad pensante y mi cerebro es un simple agregado de moléculas que sirve de vehículo al pensamiento. Identificar el alma con esta porcion del organismo, es confundir la lira con el agente que la hace vibrar, y sin el cual no vibraría, agente por este motivo es llamado alma del instrumento. De aquí el que un cerebro anatómicamente inalterado: deje de pensar desde el instante en que deja de ser habitado por el principio pensante.

Poco importa pues que el pensamiento libre, exija, para manifestarse, la reunion armónica en el cerebro, de una porcion de con-

condiciones orgánicas, físicas ó químicas. Las condiciones á que se halla subordinada mi conciencia ó el sentimiento de mi personalidad, no constituyen mi personalidad en manera alguna. Convengo en que esta depende de tales disposiciones en los centros nerviosos y en los lóbulos cerebrales, durante la actual union del cuerpo con el alma; pero ¿no podría subsistir también aún precindiendo de esta union? ¿Qué podremos responder á la propension invencible que á creerlo me lleva, y sobre todo á la imposibilidad absoluta que existe de extraer lógicamente el pensamiento, de la materia, y un yo tan eminentemente simple, de un organismo tan complicado? No se hable pues de la anastomosis ó soldadura que viene á unir unas á otras las ideas y á formar de esta suerte nuestra unidad intelectual, de fragmentos relacionados por el órgano cerebral. ¿Qué es más esta anatomosis que una hipótesis y un absurdo? Una hipótesis porque no existe ningun fisiológico que haya demostrado semejante trabajo de agregacion sobre ideas resultantes de materia en camino de formar la personalidad, un absurdo porque no cabe concebir la operacion que iria á buscar aquí y allá en

la masa cerebral el tercio, el cuarto la mitad el todo en fin de esta unidad esencialmente que constituye el yo. Ahora bien, lo que es completamente irreducible á partes por el pensamiento, ¿puede provenir de partes orgánicamente dispuestas?

Al preeente, por le ménos, los fisiólogos prudentes se abstienen respecto de la cuestion del alma. Unos la consideran como una *incógnita* que científicamente jamás puede ser hallada, otros con M. Cludio Bernar le adlazan para el siglo vigésimo; pero la fisiología que considera al alma como un cerebro en accion, no como el principio que pone en actividad el cerebro; como el efecto, no como la causa de la célula pensante, podra hacer ostentacion de toda la ciencia que quiera, mas no par esto alcanzará mayor aprecio. Deducir de la causa una consecuencia superior á ella es un trastorno de la razon. Y sin embargo, así es como racionan aquellos que conseden á la materia todos los atributos del yo, del cual ni el gérmen encierra, y la misma unidad del yo del cual parece ser el antipoda, puesto que siempre puede ser dividida.

El conocido principio de que nada es en

el efecto, como no esté siquiera en potencia, en la causa, domina de tal suerte los atrevimientos de la ciencia, que reduce á limitadísimo número los partidarios de la generacion espontánea. En efecto limitadísimo es el número de los que admiten que la materia inerte de suyo, pueda ser el principio de la vida animal. Por una singular contradiccion, los mismos que niegan á la materia la energia necesaria para producir animáculos, le conceden el honor de engendrar el alma humana: médicos que no son en manera alguna materialistas tratándose del nacimiento de un arador, lo son en el lecho de muerte de sus semejantes. Acaso llevan su inconsecuencia hasta el punto de creer en el alma de las bestias, al paso que niegan la del hombre. Vergonzosa abdicacion de una razon corrompida por el interés, porque, en general el hombre no rebaja sistemáticamente su dignidad, como no sea para reducir sus deberes en una medida proporcionada. Afortunadamente los organicistas se hallan reducidos á la medianía, y refutados por el hecho mismo de su blasfemia. Si, la mejor prueba de la existencia del alma la tenemos en que jamás comprenderá completamente al hombre el que no

cuente con con ella. Será un anatómico, no un fisiólogo; un cirujano, no un médico. Hasta se han visto cirujanos ilustres que manejaban el escalpelo con la religiosa admiracion de Galeno: Dupuitren era uno de ellos, y por esto con su habitual franqueza contestaba á un colega que se envanecía de ser médico materialista. "No digais médico, caballero, sino veterinario."

El yo no solo es indivisible sino tambien invariable en la esencia de su personalidad; lo cual constituye un segundo carácter incompatible con la hipótesis organicista. Los seres vivientes, se hayan sometidos á un continuo trabajo de destruccion y de reconstruccion. Los huesos, los músculos, la piel, las mucosas se renuevan insesantemente en el organismo. Resultado de ello es que los elementos que este pierde por medio de la respiracion, etc., los recobra por la asimilacion, y este flujo y reflujo continuos en nosotros de la materia anatómica, bajo el imperio del principio vital, ha recibido el nombre de torbellino, como el más á propósito para dar á conocer la rapidez del movimiento molecular que determina. Ahora bien, esta ley de la renovacion periódica se aplica al cere-

bro del mismo modo que á todos nuestros órganos. Y sin embargo, si hay hecho alguno positivamente afirmado por la conciencia, es la permanencia del yo. Físicamente, cambiamos sin cesar: psíquicamente, somos siempre los mismos. "Por consiguiente si la materia y el espíritu son idénticos, si este es el producto de aquella, el yo que era en mí hace algunos años, no es el mismo yo que en mí reside actualmente. Siendo la materia mi único principio, arrastra en su torbellino pensamiento, sentimiento, voluntad, y hace en mí un nuevo individuo pensante, sentiente y voliente (1)" Esto es por lo ménos lo que debería suceder, si el organicismo fuese una verdad, y sin embargo, no es esto lo que pasa, puesto que la conciencia no revela la inmutable identidad de mi ser.

Se dirá tal vez que antes de separarse los elementos anatómicos de mi cerebro han transmitido sus impresiones á los siguientes; que les han hecho pensar y obrar como ellos pensaban y obraban, en virtud de una especie de consigna; y que la inmutabilidad de mi persona moral es el efecto de esta inteligencia

(1) *En ciencia de los años p. 587-88.*

existente entre las moléculas? ¿Pero no equivale esto á conceder á cada molécula el alma que se niega al hombre entero? Dados por otra parte en ciertos recuerdos que se avivan con el transcurso de los años, ¿cómo explicar que las moléculas de hoy sean más vivamente heridas, en ocasiones, por mis impresiones antiguas, que las moléculas que las experimentaron? ¿En que consiste, sobre todo, que yo sienta invenciblemente y siempre la responsabilidad de actos pasados, que mi cerebro actual no ha concebido ni querido? ¿Es posible explicar al hombre ese conjunto tan completo y tan armonioso, por la extravagante comunicacion de las moléculas que parten á las que llegan? Y sobre todo, y en ello insisto una y otra vez, ¿es lícito ser animista respecto de las moléculas y materialistas respecto del elebro, en suma, cabe adjudicar á la parte una energía inmaterial que no se reconoce en el todo?

No, el alma no es un producto de la materia, "es la primera de las realidades y la única plena puesto que la materia no es más que un simple agregado múltiple, separable, sin unidad, un agregado fortuito que se hace y se deshace, que no tiene identidad alguna



permanente, ni individualidad, ni libertad (1). ¿Viose jamás al error confirmar más explisitamente la verdad.

La libertad moral es un hecho tan embarazoso para el materialismo, que para evitarse el tener que contestarle prefiere negarlo. La tendencia general de los organicistas consiste en explicar los fenómenos psíquicos por la fisiología, y por consiguiente en confundir la vida del alma con las funciones del organismo. Indudablemente todo acto de nuestra conciencia física, intelectual y moral, corresponde á un estado molecular, definido del cerebro; mas en manera alguna resulta de esto, que el agrupamiento y el movimiento de las moléculas cerebrales expliquen todos nuestros pensamientos y todos nuestros sentimientos. De las relaciones ó coincidencias existentes entre los hechos orgánicos y los hechos psíquicos, no puede deducirse su identidad, y si bien, es verdad haberse establecido que el cerebro es el órgano del alma, no hay razon para que se haga del mismo la causa generatriz.

Y sin embargo, en virtud de esta confusion

(1) Buen Sentido de cosas y de cosas, p. 88.

el génio hase definido una neurosis; el entusiasmo un eresismo mental; el éxtasis, una alucinaciou histérica; la moralidad, un don de la naturaleza como la belleza, y la inmoralidad un morbo. Pero la conciencia protesta contra esta absorcion completa del hombre moral por el organismo, y particularmente contra la teoría del fatalismo frenológico. El mismo Gall tenia muy buen cuidado de decir que al localizar ciertas inclinaciones en las protuberancias craneanas, ni pretendia en manera alguna suprimir el alma, ni reconocer en las inclinaciones de la misma un ascendiente incompatible con la libertad. En efecto, esta subsiste perfectamente no obstante las solícitudes que obran en sentido contrario, con tal que no, le falte el poder necesario para no dejarse arrastrar.

Esto es lo que resulta de las revelaciones de la conciencia, y esto lo que asegura la verdad del alma contra todas las negaciones del materialismo. ¿Es por ventura caso raro el que habiendo, si así cabe decirlo, separado en mi mismo los dos elementos de mi ser por medio de un acto de virtud, y, en tanto que mi cuerpo decia sí á la tentacion, le halla contestado mi alma con un no capaz de arro-

jarle sobre un lecho de espinas? Pues bien, la porcion de mi ser, capaz de pulverizar hasta tal punto mi envoltura material, ¿no debe ser distinta de ésta? La accion de la voluntad sobre el fisico del hombre, brilla por medio de signos tan manifiestos que se le vé retardar ó precipitar el curso de ciertas enfermedades. ¿Y este agente que así domina el organismo sería mera secrecion de él? Mi estómago experimenta una necesidad y rehusa satisfacerla; mi cerebro se halla cansando y puedo negarle el reposo; la ley de mi existencia es vivir y puedo quitarme la vida; si todo es materia en mí, ¿cómo explicar tan opuestas energías? ¿Una sola y misma substancia puede tener al par y sobre el mismo objeto voluntades opuestas? ¡Ah! en medio de la humanidad doliente, el organismo niega el alma porque se halla oprimida por el cuerpo; en cambio, en la sociedad de los hombres virtuosos, se cree fácilmente en el alma porque se vé á la materia prestándola obediencia.

Si, semejante espectáculo ofrece dos pruebas por cada una de la existencia del alma. Si esta fuese una fuerza idéntica á la materia, no gozaria la libertad que no puede dar-

le la materia, porque carece de ella. Si no fuese distinta de la materia, no se elevaria á una moralidad de la cual no fué ni será jamás capaz. El remordimiento no es una preocupacion de educacion, es una ley santa de la naturaleza, y para concebirlo se necesita algo más que substancia cerebral. El animal siente el mal que ha causado por el que le proporciona; es la moralidad egoista y fatal del instinto. Al hombre le pesa del mal que comete por el mal mismo; es la moralidad libre y desinteresada de las almas. El hijo de Dios llorando sus pecados es la refutacion más bella del materialismo, porque semejante sentimiento está muy por encima de las relaciones orgánicas para que puedan provenir de ellas.

Finalmente, hasta la misma enfermedad es un testimonio autentico de una vida psíquica, completamente independiente de los fenómenos fisiológicos.

Por lo mismo que el hombre es un compuesto de dos elementos, el espíritu y la materia, armonizados y fundidos en una impenetrable unidad, no debe sorprender el que ciertas perturbaciones orgánicas produzcan un desórden correlativo en el espíritu. Por

esto cuando Broussais ha escrito: "Desde el instante en que supe que el pus acumulado en la superficie del cerebro destruye nuestras facultades, y que la evacuacion de dicho pus determina su reaparicion, no pude menos que considerarlas como simples actos de un cerebro viviente." Broussais ha consignado una ingenuidad grosera. En efecto la consecuencia conduce directamente al siguiente extremo; seria indispensable que el alma estuviese completamente independiente del estado de los órganos para ser distinta, y esto jamás lo admitirá el sentimiento universal.

En prueba de esto, fijarse la atencion en la siguiente conclusion inversa que del propio fenómeno puede deducirse: Si el alma fuese una funcion del sistema nervioso, cerebral, como la transformacion de los alimentos en quilo es una funcion del estómago, resultaria que siempre y cuando hubiese una perturbacion intelectual, existiría una lesion cerebral, y reciprocamente que cuando hubiese lesion cerebral habria perturbacion mental: ahora bien, semejantes hechos se hallan desmentidos por la observacion de los alienistas y la prueba mejor de que el alma es un cerebro viviente, podemos verla en el hecho,

más bien en el contraste de que puede estar enferma en tanto que el cerebro está sano, del mismo modo que en el de hallarse este enfermo, en tanto que no lo está el alma.

Ahora bien, cuantos alienados ha habido, segun Sthal, Heinrot, Ideler, Lauret, y otros, en los cuales la autopsia, despues de su muerte, no ha descubierto lesion alguna apreciable, y en cambio, cuantos hombres sensatos han experimentado profundas alteraciones cerebrales sin dejar de gozar de toda la plenitud de sus facultades racionales? Y toda vez que existe frecuentemente semejanza perfecta entre el cerebro del loco y el del sabio, ¿no es esto una prueba de que el estado del pensamiento no puede deducirse del cerebro y que por lo tanto no puede establecerse indentificacion legitima entre el alma y su órgano?

Nada más científicamente probado por la anatomía patológica que el echo de la pérdida de la razon sin lesion orgánica, y el de las lesiones orgánicas sin pérdida de razon. "Puede establecerse en principio, dice uno de los maestros en medicina mental, M. Jules Falret, que las más ligeras lesiones de las membranas ó de la superficie del cerebro se hallan acompañada de muy notables perturbaciones

en las funciones intelectuales, en tanto que pueden existir durante largos años, en el encefalo las lesiones más considerables, sin determinar perturbacion notable en las funciones cerebrales, y á veces hasta sin dar lugar á síntoma alguno apreciable. . . . . ¿Cómo explicar por otra parte las intermitencias frecuentes de los síntomas, coincidiendo con la constancia de las lesiones(1)?”

Esquirol, Georget, Pinel y M. Lelut han confirmado la misma doctrina con su autoridad, y valiéndose de observaciones universalmente aceptadas. Segun ellos la alteracion de los órganos cerebrales solo tiene lugar cuando la locura es complicada, y el último nos asegura que, sobre veinte casos de mania aguda por él observados, lo ménos ha encontrado diez y siete sin la menor huella de lesion. ¡Qué elocuente testimonio en apoyo del principio espiritual.

Convengo en que, mediante otros medios de investigacion, puede llegar el caso en que se descubran ciertas relaciones, que hasta el presente han pasado desapercibidas, entre la

(1) *Semiología de las afeciones cerebrales.*

locura y ciertas lesiones cerebrales; mas entre tanto el organicismo tiene ménos derecho, está ménos autorizado que el espiritua- lismo para aprovecharse de esta incógnita: ¿Qué puede responderse, por otra parte, á aquellos que niegan, no solo que la aberracion mental tenga por causa alteraciones orgánicas, sino tambien que dichas alteraciones, cuando existen, sean siempre las mismas? Y sin embargo, ¿no han sostenido algunos médicos alemanes, tales como Nasse, Jacobi y Flemming, por ejemplo, que la locura es una afecion visceral que se trasmite al cerebro por irradiacion mórfida? ¿No la refieren otros á una hipertrofia y otros á una atrofia del cerebro? Prueba de que su causa fisica está todavia por explicar, y que, hasta como prueba en contrario puede ser considerada como un fenómeno esencialmente psicológico.

Por lo demás si la locura tuviese su principio único en los órganos, ¿no descansarían acaso las clasificaciones de sus diversas especies en una nomenclatura de los desórdenes orgánicos correspondientes á esos desórdenes cerebrales? Y sin embargo no es esto lo que sucede consúltese á Esquirol, M. Baillarger,

M. Delasiauve, y por último á M. Guislain en su obra sobre las frenologías y se verá que todos caracterizan los diversos géneros de alienacion por medio de un signo que es psicológico más bien que fisiológico. El uno se llamará por ejemplo locura de la tristeza, el otro de la cólera, el otro de la singularidad; pero ninguna llevará el nombre de locura que tiene su asiento en los nervios, en los lóbulos ó en otros apéndices cerebrales. Tan cierto es, que con la mayor frecuencia, esta enfermedad es una perturbacion exclusivamente moral y que el organismo solo interviene subsidiariamente.

Agunos médicos y filósofos espiritualistas están por la localizacion, de la locura en un órgano, apoyándose en el principio de que es una enfermedad y que el alma no puede estar enferma. Pero si nosotros admitimos que los sufrimientos del alma pueden ser causa de locura, no sé ver la razon de que el alma no pueda estar enferma. Respecto del particular podemos acudir á la doctrina cristiana, capaz de desvanecer por sí sola los obstáculos que halla á su paso la filosofía. Las almas manchadas por el pecado no gozan de modo alguno el privilegio de impassibilidad

que les atribuye el espiritualismo racionalista. El dogma del purgatorio, del cielo y del infierno, ántes de la resurreccion, ¿no constituye una prueba de que las almas pueden ser dichas ó castigadas, áun desprovistas de sus vínculos corporales? No retrocedemos pues ante la consecuencia. Que el orígen de la locura resida ó no en los órganos, siempre acaba por alcanzar al alma, por que es un desórden positivo del entendimiento y una perversion de las afecciones morales que son facultades del alma. Mas sea esta enfermedad consecuencia ó causa de una perturbacion orgánica, siempre resulta un testimonio patente en favor de la vida psíquica, porque en tanto que todas las demas enfermedades imprimen su huella en el cuerpo, la de que tratamos jamás ha grabado la suya, cual si con esto quisiera advertirsenos que no debemos olvidar que su principio reside en la materia sin emanar de ella.

Reduzcamos la cuestion á los términos más sencillos. En el ser humano, como en todos los seres vivientes, puede distinguirse la vida y la organizacion. ¿Es la organizacion causa de la vida? ¿Constituye la vida el principio de la organizacion? El organismo cree lo

primero, el vitalismo opina lo segundo. Ambos tienen sus defensores; pero el primero cuenta entre sus impugnadores un adversario invencible; el género humano. Por esto los que blasfeman del alma, tienen mucho que escudriñar aún en las células cerebrales, para probar que no existe. En tanto no lo consigán, la humanidad puesta la mano en la conciencia, contestará incesantemente: Yo afirmo su existencia fundada en la unidad, en la identidad, en la libertad, en los sufrimientos de mí yo inmaterial, y el género humano obtendrá más crédito que los doctores del materialismo, reducidos por otra parte á creerse á sí mismos, y aún así con harta dificultad. Por lo demás, ¿creen realmente? Pronto lo sabremos. Fácil les es recusar las explicaciones que damos del ser humano, veamos si valen más las suyas.

## II.

Es el que va á ocuparnos un nuevo aspecto de la misma verdad. ¿Los argumentos de la filosofía organicista están mejor establecidos que los nuestros? Fácil nos será juzgarlo. Dada á su negación la base geneneral de "faltando el cerebro falta el pensamiento." razona del modo siguiente; si el alma no es mas que un cerebro que funciona, la fuerza de la inteligencia ha de estar en razón directa del volumen del peso, de la forma y de la composición química del cerebro; es así que esta relación preside á la ley del desenvolvimiento intelectual; luego el cerebro no es solamente el órgano inmediato del alma, sino también su factor. El silogismo estaría por:

fectamente establecido y sería irrefutable, siendo cierta la menor; pero como no solamente era una mera hipótesis, sino una atrevida contraverdad; de la discusión de sus alegaciones sólo quedará en nosotros la piedad que nos inspiren..... y acaso algo peor por lo que á sus actores se refiere.

En primer lugar, ¿es realmente cierto que las facultades del hombre sean "proporcionarles á su masa cerebral," como afirman Buchner y Liebig? ¿Un principio que excluye á Cicerón á Rafael y á Napoleón de la categoría de los hombres de génio, porque no tuvieron una gran cabeza, en el sentido vulgar en que emplean esta palabra los sombreros, no queda juzgado en cuanto se anuncia? Analicémoslo sin embargo detenidamente, á fin de darnos perfecta cuenta de su alcance.

Es cierto que los animales privados de cerebro, por ejemplo, los zoófitos, tienen escaso instinto; es cierto que los moluscos, dotados de un sistema nervioso ganglionar, son esto superiores; es cierto también que las abejas y las hormigas, provistas de un aparato encefálico muy notable en su pequeñez,

tienen maravillosas aptitudes; es cierto finalmente que el cerebro aumenta en dimensiones y perfección en su estructura, á medida que se eleva la escala de los peces á las aves, de estas á los mamíferos, y que la inteligencia sigue de abajo arriba las gradaciones del desarrollo cerebral; pero de éstas observaciones, á la regla general que de ellas se pretende deducir, media una distancia inmensa, distancia que es mayor aun, cuando se consideran las leyes que rigen la formación del cerebro de los animales y la que ordena los movimientos del cerebro humano. Restablezcamos la verdad de la ciencia respecto del particular, y sustituyámosla á las fantasías que se nos ofrecen con pretención de científicas.

Es una ley general de la fisiología que la fuerza de los órganos está en relación con su masa; pero esta ley, aplicada á la masa cerebral, está sujeta á numerosas excepciones. El perro tiene ménos cerebro que el buey y no tiene más que el carnero; no obstante su inteligencia es extremadamente superior á la de ambos. La ballena y otros muchos cetáceos son superiores al hombre en cuanto á su volumen encefálico, y francamente, no creó

que se hallen en disposicion de disputarnos los sillones de la academia.

Más, se dice, no es precisamente el volúmen del cerebro lo que en absoluto se ha de considerar, sino su volumen relativo al del cuerpo. La razon, dice regocijadamente Andrieux, en virtud de la cual los asnos son estúpidos, consiste en que su encéfalo no pesa más que las 250 partes de su masa total. La razon en cuya virtud los ratoncillos son tan traviosos y vivarachos, la tenemos en que su cabeza es la 31 parte de su corpezuelo.

Llegados á este punto nos encontramos con un nuevo y abundante manantial de artificios teóricos y de decepciones prácticas ó experimentales. No nos engolfemos, por el lado especulativo, en un debate que para nuestro objeto seria demasíadamente largo, y limitémonos á contrastar el principio valiéndonos de los hechos. Resulta desde luego del principio establecido, que un individuo cuya lozania variase, aun quedando el mismo el volumen de su cerebro, seria más ó menos inteligente, segun que estuviere más gordo ó más flaco; tambien resultaria de esta medida proporcional, que el hombre seria inferior á muchas especies de monjes, tal como los

barbudos y los uistitis, y sobre todo á muchos pájaros, especialmente al gorrión, al abejaruco y al canario, que son los cabezas cuadradas de la poblacion ornitológica. En cuanto el perro y el caballo, en virtud del propio cálculo, quedan relegados el uno después del murciélago y el otro despues del conejo. ¿Se necesita más para juzgar á los fantaseadores de anfiteatro, capaces de creer á pié juntillas semejantes utopias mejor que de prestar fé á su alma.

Para sostener el aventurado sistema que mide el pensamiento por la masa cerebral, el materialismo no ha retrocedido ante imaginacion alguna. Ha alegado la capacidad craneana de los alienados; pero los especialistas le han conducido á Bicetre, y le han dicho por boca de M. Lelut: "Mas de la mitad de nuestros enfermos tienen la elevacion y la circunferencia del cráneo que pasan de las dimensiones medias." El materialismo ha puesto de relieve la diferencia existente entre el cerebro de un etiope y el de un parisien; pero Tiedemann considera una supersticion esas pretendidas diferencias, y Flourens ha demostrado la igualdad fisica de todas las razas bajo este mismo punto de vista. El materialismo



no se ha avergonzado de inventar "que los cráneos de los hombres más antiguos, desenterrados por la geología, ponen de manifiesto formas pocos desarrolladas y semejantes á los de los animales." Se le ha dicho que "los cráneos más antiguos que se han desenterrado," la mandíbula encontrada en Abbeville particularmente, revelan un tipo más cercano al Caucásico que al Negro, y que si existe alguna diferencia entre los fósiles más importantes de nuestros incultos abuelos, y las cabezas contemporáneas, dichas diferencias entran en los límites de las variaciones actuales. Finalmente, para acumular argumentos no ha tenido inconveniente en escribir. "Los sombrereros saben perfectamente que las clases ilustradas necesitan sombreros mayores que las clases del pueblo infimo (1)." Mas al oír esto el buen sentido popular háse acordado inmediatamente del sitio ocupado por las pelucas, y por el tupé en el interior de los sombrereros de las clases ilustradas, y ha vuelto la espalda sin dignarse contestar.

Después del volumen se ha aducido el peso

(1) *Estados y naciones*, p. 124.

del cerebro, por los partidarios del organicismo, como criterio de la superioridad intelectual. Nueva fuente de errores.

Que existan relaciones generales entre el entendimiento y el cerebro, cosa es que no puede dudarse; más, cuantas veces se trate de someter tales relaciones á las leyes rigurosas, se encontrarán resultados imprevistos, como si dijéremos, una fuerza invencible é imponderable que viene á falsear las operaciones del materialismo, para obligarle á que la reconozca. De aquí que el sistema ponderativo, haya dado lugar á más mistificaciones todavía que el de la cubicacion, aplicada al órgano del pensamiento. "¡Que lastima, dice irónicamente Gratiolet, que semejante sistema resulte falso! De no ser así, contaríamos con inteligencias de 1,000 gramos, de 1,500 gramos, de 1,800 gramos; mas, ¡qué le hemos de hacer, no es cosa tan fácil y haccedera!"

En efecto, si los médicos del tiempo de Pascal nos dicen que cuando se hizo la autopsia de su cabeza, encontrase en élla "una extraordinaria abundancia de cerebro;" si los cerebros de Byron y de Cromwell, han justificado, puestos en la balanza, la elevada opinión que de su genio tenemos, también es

exacto que los de Dupuytren, de Voltaire y de Napoleon, sometidos á la misma experiencia, constituyen un flagrante mentis lanzando al valor de dicha ley, Rodolfo Wagner ha tenido la paciencia de pesar 964 cerebros humanos, y ¿cual ha sido el resultado que éste catálogo comparativo le ha proporcionado? Que si bien Cuvier ocupa uno de lo primeros lugares, Gauss, el ilustre geometra; Hermann el filólogo; Hausmann, el mineralogista, y otros muchos, más eminentes aún, se hallan muy cerca del último.

No debemos tampoco olvidar, que el cerebro varia con la edad, y que los fisiológicos no se entienden respecto del punto de su extremo crecimiento; ni que á falta del cerebro, por demás propenso á la descomposicion; hánse pesado frecuentemente los cráneos llenos de granos llenos de mijo ó de un líquido; ni tampoco el que este estudio abunda prodigiosamente en demostraciones contradictorias, y se pierde continuamente en incógnitas insondables; y convendrémos en que el alma, más bien que la dificultad, es la solucion de la cuestion: "Mas que el peso, y el volúmen, dice Gratolet, tenemos en cuenta la energía vital, la potencia intrínseca del cerebro." "Lo

que en el cerebro importa, añade M. Lelut, ménos que la cantidad es la cualidad." Mas, ¿qué es esta energía vital, esta potencia intrínseca, esta cualidad superior, que constituye á veces un cerebro muy fuerte en un organismo muy débil? En verdad que si no es el alma, no comprendo en manera alguna que pueda ser la materia.

Eliminados el peso y la masa como medida de inteligencia, los adversarios del animismo se refugian en la forma. ¿Existe en este signo una característica positiva de la extension del pensamiento? Solo el espíritu de sistema puede responder afirmativamente. Todos los datos teóricos y experimentales fundados en la sabiduría conducen á una conclusion negativa.

Si la correlacion establecida es cierta, cuanto más se parezca al del hombre el cerebro de los animales, más inteligentes serán dichos animales; y sin embargo, no es esto lo que vemos, pues los peces que por su sistema nervioso, se parecen mucho al hombre, como todos los vertebrados, tienen el instinto mucho ménos desarrollado que las abejas y las hormigas. Por otra parte, si bien es verdad que el mono tiene un tipo cerebral conforme con

el del hombre; el perro y el elefante, que tienen uno completamente distinto, no dejan de tener una inteligencia extraordinaria. ¿No es esto prueba suficiente de que no debe atribuirse á la forma de la substancia encefálica una importancia decisiva (1)? Por lo que se refiere á las relaciones existentes entre la cabeza de los cuadrumanos y la cara del hombre, no olvidemos que proporcionan un argumento al espiritualismo, puesto que si la forma del cerebro es lo que determina la inteligencia, no se explica que dos cerebros casi idénticos, en cuanto á su forma, sean tan distintos por lo que á su inteligencia se refiere. Decimos mal, se explica teniendo en cuenta que la inteligencia procede de otra parte.

La doctrina que estamos combatiendo ha sido además formalmente desmentida por los anatómicos más importantes. No es el cráneo, dicen Vesale, Laffargue y Bouvier (2), el que se adapta á la forma del cerebro, sino el cerebro el que se amolda á la forma del cráneo. Por consiguiente, el cerebro y el cráneo son

(1) *Lévesq. Anatomia comparada.*

(2) *Apreciación de la doctrina frenológica. Memorias sobre la forma del cráneo.*

estrechos y puntiagudos cuando el animal escarbador debe servirse de la frente y del hocico para abrir la tierra; y por el contrario, anchos, cuando para alimentarse, para ver y para oír, ha menester una boca ancha, vastos ojos y grandes orejas; todo lo cual da como resultado el desarrollo del cráneo en sentido bilateral. Conclusion: el cerebro depende de las atribuciones que la inteligencia nativa da al animal, y esta inteligencia no depende del cerebro. Bajo otro punto de vista, ¿qué relación puede razonablemente establecerse, entre la forma redonda, cuadrada, oval ó puntiaguda del cerebro, y la memoria, la imaginación, el juicio (1)? Compréndese perfectamente que los dientes estén destinados á triturar ó á cortar, según su estructura, porque aquí se trata de una función mecánica; pero un cerebro predestinado á la poesía ó á las matemáticas, porque tenga tal ó cual configuración, aun cuando no falta quien lo haya imaginado, la verdad es que la ciencia no lo ha visto, ni lo comprende el buen sentido.

Llegamos al exámen de las dos condiciones

(1) *Labat. Fisiología del pensamiento.*

que son consideradas en la formación del cerebro como la normal medida de nuestro nivel intelectual.

En la superficie del cerebro existen pliegues variados é irregulares que dan lugar á la formación de prominencias y concavidades; aquellas han recibido el nombre de circunvoluciones; estas el de anfractuosidades. Pues bien, he ahí la ley que han creído descubrir ciertos naturalistas, la extensión y la fuerza de la inteligencia están en razón del número de las circunvoluciones; y de la profundidad de las anfractuosidades. Ejemplos que se aducen en apoyo de esta opinión, los cerdores, que son los ménos inteligentes; de todos los mamíferos, carecen de circunvoluciones; en los ruminantes que lo son más, las circunvoluciones apacecen ya; los paquidermos son superiores á los ruminantes, y en ellos las circunvoluciones se acentúan, y así sucesivamente en progresion ascendente hasta los carnívoros, los monos, y finalmente el hombre, que es de todos los animales el más rico en circunvoluciones cerebrales.

Pero esta doctrina rejuvenecida por Desmoulins, data ya de tiempos muy antiguos; y así durante mucho tiempo ha estado en des-

crédito, consiste en que Galeno pudo decir á su autor Erasistrato: "No soy de vuestra opinión: segun esta regla los asnos, que son animales brutos y estúpidos, deberían tener el cerebro unido, y la verdad es que lo tienen lleno de circunvoluciones." Los fisiólogos contemporáneos afirman, por su parte, que á pesar de la proporción establecida por Desmoulins, los ruminantes tienen menos circunvoluciones que los carnívoros, que el perro y el caballo están completamente privados de ellas, siquiera sean susceptibles de una educación superior; y finalmente, que por el número y extensión de circunvoluciones, el elefante es superior al hombre, lo cual es el golpe de gracia dado á la autoridad de semejante ley. Por eso M. Baillarger la ha modificado sobre la base siguiente: el grado de desarrollo intelectual, lejos de estar en razón directa de la extensión relativa á la superficie cerebral, parece más bien en razón inversa. Los que no creais en el alma, escoged entre esas teorías contradictorias, y si las considerais de más fácil asentimiento, no os alistéis en las filas de los espiritus exigentes.

La otra condición morfológica á la cual se

concede gran importancia como signo de inteligencia, es el desarrollo del cerebro de adelante atrás. Cuanto más recubren los hemisferios cerebrales, por su extensión, las demás partes del encéfalo, se dice, tanto más el animal es inteligente, y se empieza de nuevo y con la mayor imperturbabilidad la escala de proporción establecida con motivo de las circunvoluciones. Pero habiendo comprobado estos hechos M. Leuret, sin negarles completamente su valor, no les reconoce en manera alguna la autoridad de una ley. La prueba que da de su opinión es irrecusable. Según esta regla la zorra y el perro, estarían colocados intelectualmente en el mismo grado que el carnero y mucho más bajos que la foca y la nutria. En cuanto al mono, estaría también dotado como el hombre y en ocasiones hasta le sobrepujaría. ¿Cómo atribuir á esas indicaciones cuya significación es tan dudosa, el valor absoluto de un criterio fisiológico?

Finalmente, la composición química de los cerebros, puede explicar la diversidad y la desigualdad de las inteligencias? Organicistas hay que lo han considerado más fácil que admitir el alma; pero vamos á ver que en ló-

gica proceden como los fariseos en el órden moral: prescinden de los mosquitos y se tragan los camellos.

Respecto del particular no han hecho más los fisiólogos que aceptar como propia la siguiente teoría de un célebre novelista. "El idiota es aquel cuyo cerebro contiene ménos fósforo; el loco aquel en cuyo cerebro se halla con exceso; el hombre vulgar aquel que tiene poco; el hombre de génio aquel que lo tiene saturado en grado conveniente (1)." De manera que el fósforo se ha convertido en el gran agente del pensamiento, en el estimulante intelectual, en suma, en alma. Feuerbach, llega al extremo de señalar como causa del rebajamiento de los caracteres en Europa, el uso immoderado de la patata que contiene poco fósforo; y propone, para regenerar el temperamento moral de los pueblos, reemplazar la patata por el puré de guisantes que es un alimento muy fosforado. Con anterioridad á Feuerbach, Courbe había calculado que la ausencia del fósforo en el encéfalo reduce al hombre á la condición de bruto;

(1) Balzac, Investigación de lo absoluto.

que un exceso de la misma substancia irrita el sistema nervioso y lo lleva á un delirio espantoso; finalmente que una proporción media restablece el equilibrio y produce esta armonía admirable que no es más que el alma de los espiritualistas. Molescott no se andubo en tantos repulgos y justificaciones para formular su frase de efecto: "Poco fósforo, poco juicio."

Esto por lo que se refiere al arreglo del engaño bobos que se llama la teoría: mas ¿en el terreno de la práctica pasan las cosas de la propia suerte? M. Janet, de quien tomamos la mayor parte de los datos relativos á esta cuestión, contesta: "El cerebro de los peces que no pasan por cierto por grandes pensadores, contiene mucho fósforo. M. Lassaingne que ha analizado cerebros de alienados no ha encontrado más fósforo que en los de los hombres sanos en general. Finalmente, los trabajos de M. Couerbe sobre la química del cerebro, han sido enteramente destruidos y refutados en una sabia memoria de M. Fremy (1)." Después de lo dicho confesemos para no o-

L. 11. El cerebro de los peces.

mitir cosa alguna, que la composición química del cerebro no carece de la influencia en el pensamiento. En prueba de ello puede citarse el cretinismo que proviene de la ausencia del yodo y otras substancias en el aire atmosférico, más sostener que con fósforo, yodo y otros elementos combinados, se puede reemplazar el alma, como han pretendido ciertos organicistas, equivale; á aventurar apuestas contra el sentido comun bajo pretexto de ciencia.

En suma, la refutación del materialismo hállase completa en este resumen del pensamiento de Gall. "Cuando digo que el ejercicio de nuestras facultades morales é intelectuales depende de condiciones materiales, no quiero dar á entender que nuestras facultades sean un producto del organismo; esto sería confundir las condiciones con las causas eficaces."

Y sin embargo no es otra la incesante confusión en que yace y sobre la cual vive la teoría del organicismo. Afortunadamente tales abusos de razonamiento no ejercerán jamás una gran influencia en las propensiones contrarias de la naturaleza, y cuando se trata del alma, si por un lado existen algunos

incrédulos sistemáticos; contemplaremos siempre en el opuesto á la humanidad entera.

Y es natural, porque es esta para ella, cuestion de vida ó de muerte. El organicismo acaba con la humanidad en la tumba, el animismo la hace vivir más allá. La protesta universal de nuestra especie contra el primero de esos desatinos y en favor del segundo, no es manera alguna metafísica, es la voz de la naturaleza, y la naturaleza no hace necesidad de lo imposible. Pero si el alma no es nada sin el cerebro, ¿qué sucede y qué es de ella cuando los órganos han dejado de ser? Como persona humana, ¿cuya es su suerte, cuando se han roto los vínculos que la unia á la materia? La ciencia lo ignora; pero el hombre que no ciere acabar completamente, necesita saberlo, y se lo preguntará á la psicología, á la metafísica, á la religion, y si todas las autoridades de su naturaleza le garantizan su inmortalidad personal, ¿con qué derecho pretenderá contradecirla una ciencia que no tiene argumento alguno convincente que oponerle? Es verdad que no podemos formarnos idea alguna positiva de la existencia de ultratumba; mas esto no es causa suficien-

te para declararla imposible. ¿Comprende el embrion en el interior del claustro materno, las condiciones de existencia que tendrá fuera de él? ¿A tener conciencia de la hora de su nacimiento, no la tomaría por la de su muerte? Entónces ¿porquereazon lo que juzgamos nuestra muerte no ha de ser un verdadero renacimiento, y la redencion de nuestro pensamiento, más bien que su extincion? Sócrates declaraba dulce y útil para el hombre "extasiarse ante tan noble esperanza," la razon, la moral nos prohiben renunciar á ella: podrá la ciencia inscribirse contra semejante necesidad; pero por más que haga, lejos de vencer, sucumbirá en la demanda.